

**M**arcelo Scarotti no era del todo bien parecido pero tampoco feo. Aquella madrugada de julio necesitó el llamado del corneta para hacer a un lado las sábanas marcadas con el número 91281701: nueve, uno, dos, ocho, uno, siete, cero, uno; terciá de unos. Eso es.

Tenía dos defectos, uno de la orden de camaradería y el otro de memoria; pero se acostumbró pronto al trato de los compañeros del batallón 111, terciá de unos. "Marchelo" le decían otros, ya que algún compañero de campañas lo rebautizó un domingo en "La casa de costumbre", después de unos tragos de franco y aquella inmemorial inauguración de rigor; a él no le pareció del todo mala esa idea del nuevo nombre. Al menos era mejor que Terciá de Unos, que después se convirtió, gracias a la costumbre, en Terciá de Uno.

Prefirió rendir su primer informe antes que desayunar. En el camino a la comandancia su rostro moreno, casi color manzana golden, cortaba los inusitados rayos solares del verano por la mañana, con su piel reseca debido a exageradas raciones de detergente; su nariz larga como la bota itálica y su paso desvencijado como gorjeo de cafetera hirviendo, rompían de súbito una monotonía raramente establecida entre los pasos medidos y las baldosas desiguales del patio principal. Y es que era su primera orden de trascendencia; ya no sería un aspirante a, sino. Pero se da cuenta que es, a no dudarlo, convicto de su novatez y recorre, en principio de cuentas, el nudo de su corbata verde olivo. Discretamente mira a su alrededor, ve una margarita a

medio desenterrar entre dos filos de baldosas y, contra el reglamento interior, se despoja de su corbata a medio cuartel y vuelve a la elaboración de un nuevo nudo con un nerviosismo recurrente y bendito. Sin tener conciencia de su quietud (que le es característica) para sus efectos personales o, como siempre dice el superior: íntimas, aquí nada de esas cosas, volvió hasta el lugar donde fenecía la flor. Terciá de Uno descompaginó los pétalos con la naturalidad de algún enamorado de provincias y al terminar de hacerlo, su piel golden morena y rasposa igual a una lija para pulir hojas de cedro, obtuvo en forma gratuita un matiz golden red. Y él se dijo: "le gustaba tanto a mami".

Aguasucia respetaba cabalmente los dones de la naturaleza. El lugar se veía bañado por el clima denso de los mediodías soleados y el bochorno de media tarde. El mercado apeataba a sobaco, a pescado y sobre todo a rata en descomposición. A esa hora las damas (como Marchelo solía decir con cariño fraternal) aparecen con su aroma típico y sobrecargado. Era viernes. Al soldado Scarotti se le enfrió la columna vertebral y su pellejo se revestía con inmensos poros abiertos. No era para menos. La orden del superior todavía retumbaba en los tímpanos del muchacho: "Me matan a todas, hijos de puta; tienen tres días para hacerlo. Y tú, niñito pendejo, eres responsable".

Y Terciá de Uno con renovada seguridad ordenó:

—A trabajar, huevones.

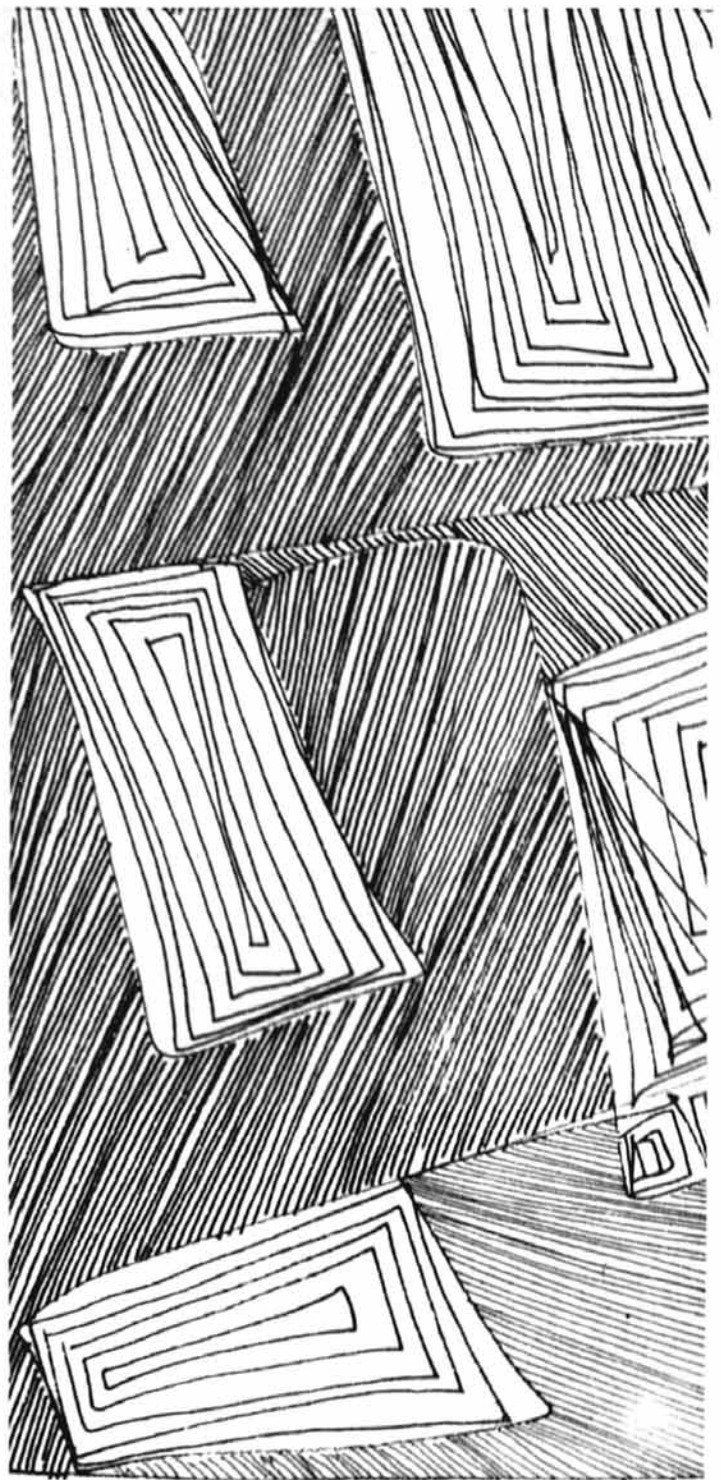
Esa misma noche requirió una patrulla de sani-

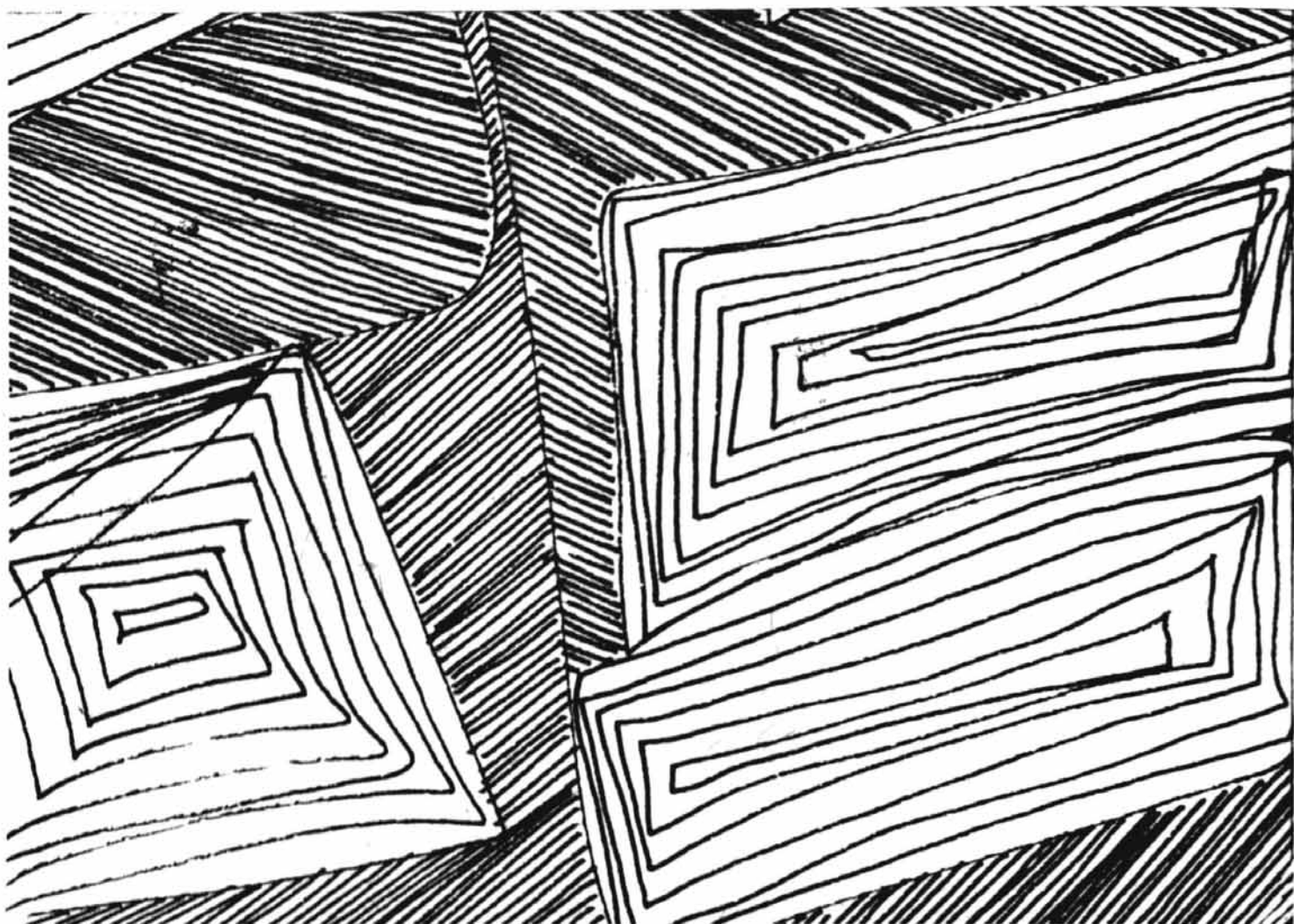
dad. A las once sus soldados volvían del cuartel con setecientas escobas de raíz, ochenta y tres bultos de jabón en polvo y tonelada y media de raticida. Según sus cálculos, desde luego basándose en las estadísticas del departamento de estudios sanitarios del ejército, incluyéndose Marchelo, les tocaba asesinar a veinte per cápita.

Una nueva baldosa resaliente en comparación con las demás en la desértica intimidad del patio, le hizo perder el paso. De reojo percibió que una ventana del lado oriente, al hacer contacto el reflejo del sol con los cristales, le dejaba un brillo en la retina. La ventana se abría en un tentador y sospechoso acto de vigilancia. Con la discreción de costumbre abandono el tallo de la margarita y se apresuró a terminar el nudo de la corbata. El cuello le parecía inflamado por la sensación de inquietud. Como quien se rasca una roncha, tomó uno de sus hombros con la diestra engarrotada y enderezó el escudo de armas que pendía de su clavícula. Volvió a perder el paso, ahora no por el descenso imprevisto brindado por una maqueta de cemento dispar, sino porque advirtió que en una de sus botas transportaba una tenue mancha de podredumbre. La ventana del lado oriente volvió a entornarse; el zapato del oficial Tercia de Uno quedó suspendido en el aire cuando regresaba de la pantorrilla izquierda.

Una nueva comisión a la soldadesca permitió acondicionar, mediante centenares de cajas de cartón, dormitorios sobre todo terreno desinfectado. En algunos rincones del mercado aún se olía definitivamente a podrido. Scarotti se sonrojó al descubrir que en su cerebro se emitían infinidad de posibles ordenamientos. Pero tenía que andarse con cuidado. Le pasaron un recipiente con café que despedía el desagradable gusto del pescado salado.

Entonces —recuerda— ordenó una redada de putas, que no quedara ninguna por los rincones del mercado. Un hallazgo —bajo otras condiciones parecería trivial— le bosquejó una leve presencia de superioridad. El soldado que le ofreció la cantimplora con café le contó que en la sección de florería se localizó un caso de lesbianismo: dos viejas cogiendo y chupándose las tetas sobre una cama improvisada de corolas rojas, comentó el raso. Marchelo tuvo oportunidad de comentar un hecho de





la historia nacional. Por educación guardó silencio; se imaginó: "un lecho de rosas". Y por ello sus labios delimitaron una sonrisa sincera. Entre dos sorbos de café ordenó un médico para las damas. No se sabe el o los motivos por los que Tercia de Uno recordó a su madre mientras el chequeo recorría la humanidad de cada una de todas las prostitutas del mercado principal de Aguasucia; puesto que su madre había muerto —así se lo dijeron siempre al chiquillo Scarotti— a causa de una gripe mezclada con tuberculosis y otras enfermedades serias.

Después supervisó una cadena de mujeres hasta el cuartel, con el fin de que ellas recibieran alimen-

to, medicinas y alojamiento mientras se sofocaba el estado de emergencia.

Sólo dos días después los tímpanos aburridos de Tercia de Uno descansaron del sonsonete rudo, de la emisión desaliñada y certera de aquella primera orden recibida del alto mando. El piso de cemento, los locales de venta al público, los baños y las alcantarillas del mercado daban el aspecto de un hospital sin enfermos y sin vida.

La bota derecha se desplomó lentamente en el piso. El daba los últimos pasos sobre la gran explanada militar de Aguasucia, el batallón 111. Ascendió la escalinata previa a la puerta de la oficina del

superior. Saludó de palabra al centinela fresco como una lechuga e hizo acto de presencia frente a un escritorio repleto de papeles en perfecto desorden. Mientras esperaba al jefe, él —desconfiadamente confiado— repetía para sí, sin preocuparse por la existencia de otros compañeros que también permanecían en la antesala: nueve, uno, dos, ocho, uno, siete, cero, uno; en órdenes normales y de derecha a izquierda. Las manos se le convertían de pronto en plomos, lo disimulaba recorriendo el contorno de los puños de la camisola. Sus ojos trabajaban a destajo observando las insignias y el escudo de armas, que reposaban tras la silla vacía del jefe. Olvidó por completo la muerte de su madre, la suerte de las prostitutas y se conformó con un “misión cumplida” que retumbaba como latido brusco en las paredes de sus sueños de adolescente. La campanilla del reloj —a sus espaldas— lo volvió a la realidad con el primer susto del día, cuando ésta denunciaba pendularmente las seis de la mañana. A la tercera campanada, una vez recuperado de la sorpresa, llevó mecánicamente una de sus manos hasta el vientre y unos dedos duros, tercos e insuficientes, llevaron hasta la testa de Marcelo Scarotti la cuartelera recién desarrugada.

Esa eternidad fue infinitamente aumentada cuando el superior apareció por la puerta lateral del recinto con la cara hinchada de sueño y el aliento hediendo como la carne en estado de putrefacción. El jefe no saludó como lo ordena el reglamento, ni levantó la vista pesada para ver a los presentes.

—Sin novedad —dijo Tercia de Uno.

—Oficial —llamó el mal encarado al centinela—: lleve a este pendejo a lavar chiqueros y *guatercloches*.

El gesto fue de dolor, la mirada de cabello a papeles en desorden; un olor a mingitorio sucio. La jeta del superior como retumbando; el supremo y

la orden suprema. El centinela baja la escalinata. Este quiso tomarlo del brazo; pero él: 91281701, exudado, encabronado, guardando entre sus manos ahora blandas un puño disimulado y un delicado aroma a tallo de margarita, hace a un lado el brazo del compañero y prefiere caminar solo. Para Tercia de Uno el cuerpo del centinela empieza perder su contextura estereotipada, fija, convirtiéndose después de amigo en trazos extraños; pero el centinela fresco como una lechuga, le dice con esos ojos de tono zanahoria: “vamos”.

—Yo sé el camino, iré solo —le repite, Marchelo.

Quiere pagar a solas el castigo de la novatez. Levanta su mirada sobre el patio: tres de las cuatro murallas inmensas del cuartel se le nublan. Entonces ya no importan fracasos o que el nudo de la corbata o el escudo de armas queden correctamente en su lugar —como lo manda el reglamento. Las manos sirven para eliminar con certitud las nubes de los ojos; Tercia de Uno se imagina la escoba, la cubeta y las botas llenas de mierda. Recorre su perfil, que nunca ha sido del todo bien parecido pero tampoco feo, y recuerda su infancia, la suerte de su madre y el perfume asfixiante de las putas.

Escucha dentro del baño de la sección oriente del cuartel el toque de queda. Los filos de su pantalón se oscurecen para después convertirse en un acordeón con manchas verde olivo. Su espalda hace el semicírculo sobre el colchón y la cabeza está inclinada de tal forma que sus ojos observan la quietud del dormitorio. Su cabeza queda en definitiva sobre la almohada; en su interior lo que él llama gusano y no es otra cosa que su pensamiento, estudia la posibilidad de que las ratas del mercado (en un acto estratégico, tratando de alejar a la muerte) hayan dado con la casa del gobernador.

Sin descubrirlo, y sin objetar la hipótesis, Marcelo Scarotti ha conciliado el sueño.